

Populistas y autócratas: la doble amenaza para la democracia global

Por Arch Puddington y Tyler Roylance

En 2016, las fuerzas políticas populistas y nacionalistas realizaron avances extraordinarios en los Estados democráticos, mientras que los poderes autoritarios protagonizaron actos desvergonzados de agresión, así como atrocidades que quedaron sin respuesta en zonas de guerra a lo largo de dos continentes.

Todos estos acontecimientos indican un peligro creciente de que el orden internacional de los últimos 25 años —radicado en los principios de la democracia, los derechos humanos y el estado de derecho— dará paso a un mundo en el que los líderes y naciones individuales busquen sus propios intereses limitados sin constricciones significativas y sin ningún reparo hacia los beneficios compartidos de la paz, libertad y prosperidad global.

La impresión inquietante creada por los acontecimientos destacados del año es apoyada por los últimos resultados de *Freedom in the World*. Un total de 67 países sufrieron reducciones netas de derechos políticos y libertades civiles en 2016, en comparación con 36 países que registraron aumentos. Esto supuso el 11º año consecutivo en el que las reducciones superaron las mejoras.

Aunque en los últimos años las reducciones de la libertad se concentraban en general entre las autocracias y las dictaduras que, sencillamente, iban de mal en peor, en 2016 fueron las democracias establecidas —países con la calificación de “Libre” en el sistema de clasificación del informe— las que dominaron la lista de países que sufrieron contratiempos. De hecho, los países calificados como “Libres” representaron una mayor parte de los países con reducciones que en cualquier momento de la década pasada, y casi la cuarta parte de los países que registraron descensos en 2016 estaban en Europa.

A medida que el año llegaba a su término, las principales democracias se encontraban atrapadas entre la ansiedad y la indecisión tras una serie de acontecimientos desestabilizadores. En los Estados Unidos, la victoria presidencial de Donald Trump, una figura voluble con puntos de vista poco convencionales acerca de la política exterior y otros asuntos, planteó interrogantes sobre la función futura del país en el mundo. El voto británico a favor de abandonar la Unión Europea, el colapso del gobierno italiano tras un referéndum fallido sobre la reforma constitucional, una serie de movimientos antidemocráticos por parte del nuevo gobierno de Polonia y avances de los partidos nacionalistas xenófobos en otras partes de Europa arrojaron dudas de forma similar acerca de la fortaleza de las alianzas que dieron forma a las instituciones de la democracia global.

Al mismo tiempo, Rusia, con muestras asombrosas de arrogancia y hostilidad, interfirió en los procesos políticos de los Estados Unidos y otras democracias, amplió su ayuda militar para la dictadura de Assad en Siria y asentó su ocupación ilegal del territorio ucraniano. China también desobedeció la ley internacional, ignorando una resolución de un tribunal contra sus amplias reclamaciones de soberanía sobre el mar del Sur de China e intensificando su represión de las discrepancias dentro de sus fronteras. Además, los líderes sin escrúpulos desde Sudán del Sur y Etiopía hasta Tailandia y Filipinas, estuvieron involucrados en violaciones de los derechos humanos de escala variable, con impunidad.

Tras los acontecimientos del año pasado, ya no es posible hablar con confianza de la durabilidad a largo plazo de la UE, la incorporación de las prioridades de la democracia y los derechos humanos en la política exterior norteamericana; la resiliencia de las instituciones democráticas en Europa Central, Brasil o Sudáfrica; o incluso las expectativas de que acciones como el ataque a la minoría rohinyá de Birmania o los bombardeos indiscriminados en Yemen suscitarán las críticas internacionales por parte de los gobiernos democráticos y los organismos de derechos humanos de la ONU. Ningunas suposiciones como estas, al parecer, están totalmente a salvo.

El efecto de Siria sobre las democracias

Mientras el mundo democrático se echaba a un lado durante todo el año, una coalición de dictaduras represivas bombardeó por tierra, mar y aire a Alepo y otras ciudades sirias donde los rivales del Presidente Bashar al-Assad habían logrado establecerse. Assad, con la ayuda crucial de Rusia, Irán y un grupo multinacional de milicias chiitas respaldadas por Irán, recuperó claramente la iniciativa en la guerra civil de cinco años, cuya violencia agobiante ha provocado la muerte de cientos de miles de personas y desplazado a varios millones más. Una coalición liderada por los Estados Unidos asestó un duro golpe a la milicia del Estado Islámico (EI) en el Este, pero no atacó a la alianza pro-Assad, ya que centró su poder militar en los rebeldes y civiles que no formaban parte del EI.

Desde que estalló la guerra cada nuevo horror ha parecido desalentar, en lugar de motivar, una respuesta internacional coordinada. El conflicto solo se ha vuelto más complejo e intrincado, sin embargo, los gobiernos democráticos continúan ateniéndose a las consecuencias de su indecisión.

Los enormes flujos de refugiados y el terrorismo inspirado por el EI generados por el conflicto sirio han desempeñado una función importante en el debilitamiento de los estándares democráticos en Europa y los Estados Unidos. Las llegadas de solicitantes de asilo político en Europa se redujeron en 2016, debido principalmente al endurecimiento de las fronteras en los Balcanes y un acuerdo entre la UE y Turquía en el que Ankara se comprometió a bloquear las salidas irregulares. No obstante, la caída de las cifras no ha cortado de raíz la retórica anti refugiados, ya que los líderes políticos europeos tachan de forma rutinaria de criminales, violadores y terroristas a aquellos que huyen de las zonas en conflicto.

Asimismo, el acuerdo con Turquía —que ya era un dudoso lugar de cobijo para los refugiados, dada la intensa insurgencia kurda y los atentados terroristas habituales— se convirtió en una fuente más profunda de bochorno después de que el Presidente turco Recep Tayyip Erdoğan adoptara una forma lisa y llana de autoritarismo en respuesta a un intento fallido de golpe de estado en julio. Tras haberlo sofocado, el gobierno impuso un estado de emergencia que dió como resultado el arresto de casi 40 000 civiles, el encarcelamiento de docenas de periodistas por su trabajo, el cierre de cientos de medios de comunicación y organizaciones no gubernamentales (ONGs), el arresto de los líderes y cientos de funcionarios del tercer partido más grande del parlamento y el despido de más de cien mil funcionarios públicos.

El terrorismo continuó avivando la agitación política en Europa y los Estados Unidos a pesar de las pérdidas territoriales importantes sufridas por el EI y otros grupos extremistas, como Boko

Haram. Francia, Bélgica y Alemania sufrieron notorios atentados terroristas, un tiroteo masivo inspirado en el EI golpeó el estado norteamericano de Florida y atentados más pequeños en otros lugares de Europa fueron frustrados o interrumpidos por las autoridades.

Varios gobiernos europeos reaccionaron adoptando leyes que han aumentado los poderes de las fuerzas de seguridad y reducido las limitaciones de la vigilancia. De forma más inquietante, los temores persistentes por el aumento significativo de los atentados terroristas avivaron la hostilidad pública hacia las minorías y los inmigrantes musulmanes, profundizando los distanciamientos sociales existentes y amenazando las libertades civiles. Durante la campaña presidencial norteamericana, Donald Trump prometió en varias ocasiones impedir a todos los musulmanes la entrada en los Estados Unidos, deportar a los sirios que ya estuviesen en el país y llevar a cabo una “investigación exhaustiva” de las creencias de los refugiados y los inmigrantes.

Estados autoritarios radicalizantes

Los conflictos en Medio Oriente y la agitación política en las democracias a menudo desviaron la atención del mundo del empeoramiento de la represión nacional en China, Rusia y otros países autoritarios, que podrían beneficiarse de una ruptura de las normas democráticas a nivel internacional. De hecho, tanto Pekín como Moscú redoblaron sus esfuerzos para remodelar el mundo a su imagen y semejanza.

En China, el régimen del Partido Comunista liderado por el Presidente Xi Jinping se afianzó en el poder con la adopción de nuevas leyes y normas sobre ciberseguridad, organizaciones sin ánimo de lucro extranjeras y asuntos religiosos. Las duras sentencias impuestas a defensores de los derechos humanos, microblogueros, activistas de base y creyentes religiosos asestaron un golpe adicional a aquellos que buscan mejorar las condiciones del país.

Cuando Xi consolidó su poder personal, alejándose rápidamente del patrón existente de liderazgo colectivo dentro de la élite del partido, buscó imponer una mayor disciplina ideológica a través de una campaña de propaganda que prohibió las discrepancias dentro del partido y criticó implacablemente los valores democráticos “occidentales”. El régimen también potenció planes para introducir un sistema de “crédito social” que conectaría los datos financieros, sociales, políticos y legales de cada ciudadano para producir una calificación numérica única de su conducta y formalidad. Un paso en falso en un área repercutiría presumiblemente en cualquier otro aspecto de la vida de un individuo.

La intolerancia creciente de Pekín en cuanto a la autonomía individual a nivel nacional se reflejó en sus intromisiones en los asuntos de sociedades vecinas. La dirección promulgó una resolución sin precedentes sobre la Ley Básica de Hong Kong con vistas a impedir que los políticos favorables a la independencia y defensores de la democracia ocupasen sus escaños en la legislatura del territorio autogobernado. De forma similar, el gobierno chino adoptó una actitud hostil hacia Taiwán después de que el partido de la oposición local, que está en contra de la unificación con China, lograra una victoria rotunda en las elecciones presidenciales y parlamentarias. Además, Pekín ha intensificado su presión sobre los gobiernos de la región para que repatrien a las personas que hayan huido de China para escapar de la persecución, especialmente los miembros de la minoría musulmana uigur.

Rusia siguió un patrón comparable, combinando la represión a nivel nacional con un ambicioso programa de intimidación regional y sabotaje político a larga distancia. El régimen del Presidente Vladimir Putin orquestó las elecciones parlamentarias y regionales de Rusia, lo que condujo a un récord mínimo de número de votantes y la extinción total de la oposición liberal en la legislatura. El Kremlin también añadió a sus listas negras de “extremistas” sitios web y ONGs que considera “agentes extranjeros” o “indeseables”.

Más allá de sus fronteras, Rusia aceleró su campaña de bombardeos indiscriminados contra núcleos de población controlados por rebeldes contrarios a Assad en Siria, contribuyendo poco a la lucha contra el EI en otros lugares del país. Moscú también profundizó sus interferencias en las elecciones en democracias establecidas a través de una estrategia que combinaba el apoyo a partidos populistas y nacionalistas, el robo y la publicación de documentos internos de partidos y candidatos dominantes y la diseminación agresiva de noticias falsas y propaganda. Los esfuerzos de Rusia para influir en el referéndum constitucional italiano y las elecciones presidenciales de los Estados Unidos representaron un importante salto adelante en el intento de Putin de socavar la integridad, e incluso cambiar el resultado, de los procesos democráticos.

Las elecciones norteamericanas

El éxito de Donald Trump, un candidato sorpresa que desafió a las fuerzas dominantes de los dos partidos principales, demostró la continua franqueza y dinamismo del sistema estadounidense. También puso de manifiesto que EEUU no es inmune a los encantos populistas que han resonado al otro lado del Atlántico en años recientes. La campaña contó con una serie de acontecimientos perturbadores, procedentes principalmente de los propios comentarios de Trump y las acciones de sus seguidores, y enfatizados por la insistencia de Trump, sin pruebas e incluso tras haber ganado, de que los resultados de las elecciones estaban invalidados por un fraude enorme.

Las declaraciones y las acciones de Trump durante el período de transición postelectoral sugerían que había abandonado o suavizado varias de sus promesas de la campaña más polémicas, incluyendo las deportaciones en masa de inmigrantes, bajar el listón legal para las demandas por difamación y el entablamiento de acciones judiciales contra su rival demócrata, Hillary Clinton, algo a lo que había prometido dedicarse durante la campaña. Al mismo tiempo, Trump no aclaró de inmediato los principios rectores de su política exterior ni su visión de la función de EEUU en el mundo. Antes de las elecciones, menospreció las alianzas del país forjadas en los tratados y se mostró crítico con la UE. Halagó repetidamente a Vladimir Putin, habló despectivamente de pruebas ampliamente aceptadas de que Rusia había interferido en la campaña e indicó su voluntad de aceptar la ocupación rusa de Crimea.

Tras ocho años como Presidente, Barack Obama dejó el cargo con una reducción de la presencia global de EEUU y más incertidumbre en su función de “faro del mundo”. Las posturas de Trump durante 2016 suscitaron los temores de una política exterior separada de los compromisos estratégicos tradicionales estadounidenses con la democracia, los derechos humanos y el orden internacional basado en las normas que ayudó a crear a desde 1945.

La amenaza de las transiciones antidemocráticas

Los acontecimientos recientes en Europa Central han elevado las posibilidades de que algunas de las transiciones más destacadas de dictadura a democracia en los años ochenta y noventa sufran un retroceso sustancial por las acciones de los líderes populistas elegidos.

Después de poco más de un año en el poder, el partido de derecha Ley y Justicia (PiS) ha asestado varios golpes graves a las instituciones democráticas de Polonia. El gobierno ha aprobado leyes que han politizado los medios de comunicación públicos, neutralizado el tribunal constitucional, otorgado a los servicios de seguridad amplios poderes de vigilancia y restringido el derecho de protesta pública. También ha propuesto normas preocupantes sobre las ONG.

Los observadores han descrito las acciones del PiS como una versión acelerada y condensada de lo que el partido en el poder, el Fidesz, ha logrado en Hungría desde 2010. Ambos gobiernos han repudiado los valores liberales, atacado a las instituciones pluralistas y buscado el uso del poder económico estatal con fines políticos tendenciosos. Mientras que el PiS se ha centrado en proporcionar beneficios económicos a sus electores principales, el Fidesz ha manipulado las leyes y contratos del Estado para enriquecer a una élite de empresas afiladas que puede apuntalar su dominio político futuro.

El sistema del que fue pionero el primer ministro húngaro Viktor Orbán sigue siendo un modelo atractivo para los líderes políticos elegidos con tendencias autoritarias. Parece probable una mayor extensión de esta “democracia intolerante” en Europa Central y los Balcanes, dada la orientación de las figuras principales de Eslovaquia, la República Checa y Serbia, entre otras naciones.

Aunque ninguno de estos líderes ha dejado a sus países totalmente fuera del ámbito democrático hasta ahora, los antecedentes en lugares como Venezuela y Turquía sugieren que los populistas elegidos que limitan inicialmente sus impulsos autoritarios pueden pasar a realizar purgas y persecuciones políticas, la militarización del gobierno, controles amplios de la prensa y el hundimiento politizado de la economía.

Un nexo populista-autoritario

En la última década, los poderes autoritarios han formado coaliciones libres para responder a la influencia de los Estados Unidos y sus aliados democráticos. Al principio, se centraban en neutralizar los esfuerzos en la ONU y otros cuerpos transnacionales para hacer cumplir los estándares globales sobre la democracia y los derechos humanos. También trabajaban para movilizar el respaldo de otros compañeros dictadores que se enfrentaban a presiones domésticas o internacionales, como Assad en Siria.

Más recientemente, sin embargo, los regímenes autoritarios se han puesto en contacto con partidos, movimientos y figuras políticas con ideas afines de democracias en Europa y otros lugares. Marine Le Pen, líder del Frente Nacional de Francia, que elogia frecuentemente a Vladimir Putin, ha recibido ayuda financiera de fuentes rusas y ha pedido que Francia se alinee con Rusia como un contrapeso para los Estados Unidos. Los políticos populistas de los Países Bajos, el Reino Unido, Italia y Austria se reúnen regularmente con funcionarios rusos, critican las sanciones impuestas

por la UE tras la invasión de Ucrania por parte del Kremlin y apoyan los intereses de Rusia en las votaciones del Parlamento Europeo.

Este afecto por políticos autoritarios como Putin probablemente representa un punto de vista minoritario en Europa. Las encuestas todavía muestran que los europeos consideran que Rusia es represiva y peligrosa. Sin embargo, han llegado a dudar de ciertos valores fundamentales que apuntalan la idea europea. Tienden a cuestionar cada vez más los beneficios económicos y sociales de la integración y solidaridad democrática de Europa en general. Se inclinan a considerar que los Estados soberanos, en lugar de las entidades supranacionales, son los que están mejor equipados para ocuparse de problemas como la desigualdad económica y el desplazamiento, los niveles crecientes de inmigración y las crisis humanitarias. Además, es menos probable que respalden una política extranjera que requiera que su nación ayude a otras para lograr un bien superior.

Por todas estas razones, los ciudadanos de democracias podrían considerar a Putin, Xi y otros gobernantes autoritarios como una prueba de que los estados-nación pueden y deberían rechazar los compromisos internacionales y tienen que cumplir con su deber para proteger sus propios intereses. Asociarse con estos líderes equivale adoptar un duro oportunismo nacional.

La historia demuestra que esta estrategia conduce a la ruina. Cuando se descartan los valores universales y las leyes internacionales, los asuntos globales se rigen por la fuerza. Los nacionalistas de estados pequeños que admiran a dictadores extranjeros hoy en día podrían ver sus países dominados por esos mismos líderes el día de mañana. O aún peor, podrían sencillamente ser pisoteados entre la competencia sin ley de las grandes potencias.

Demócratas huérfanos

Los ciudadanos de muchas democracias vulnerables, como Taiwán y los Estados bálticos, están al tanto de estas amenazas. Otros de lugares como Hong Kong, Túnez y Ucrania comprenden que la supervivencia de sus libertades depende de la solidaridad democrática internacional. Manifestantes, activistas, refugiados y civiles acosados de todo el mundo están a expensas de la promesa de ayuda y defensa internacional con el respaldo de los gobiernos democráticos.

La cuestión es si los Estados Unidos y Europa ignorarán sus propios intereses a largo plazo y se retirarán de sus responsabilidades como líderes globales. En caso afirmativo, es de esperar que Rusia, China, Irán y otros países de esta índole llenen el vacío.

Los referéndums y la fragilidad democrática

Una frase que repiten constantemente los defensores de la democracia es que “la democracia es más que las elecciones”. Un verdadero sistema democrático incluye otra serie de controles y contrapesos que aseguran la libertad y la adaptación con el paso del tiempo, como la libertad de prensa, los tribunales independientes, las protecciones legales para las minorías, una oposición sólida y grupos de la sociedad civil libres.

Los referéndums representan una reducción radical de la democracia a su forma más esquemática: el gobierno de la mayoría. Muy a menudo se convocan para eludir algún obstáculo planteado por las instituciones políticas o legales, por ejemplo el fracaso de los funcionarios elegidos a la hora de llegar a un consenso, o bien una barrera constitucional que los actores poderosos consideran incómoda. Sea cual sea la intención, estos referéndums son una forma de evasión de las estructuras y garantías de la democracia.

La prominencia de referéndums importantes en 2016 podría interpretarse, por tanto, como otra señal de que la democracia global está en apuros.

El referéndum británico sobre si abandonar o no la Unión Europea —organizado por el primer ministro David Cameron principalmente como una forma de echar una cortina de humo sobre los distanciamientos profundos en el Partido Conservador— ha dejado al pueblo pronunciadamente dividido, y al gobierno todavía le resulta difícil acordar una estrategia para poner en práctica el resultado. En Italia, el primer ministro Matteo Renzi se vio obligado a dimitir después de que los votantes rechazaran sus planes de reforma política, ya que el debate pasó de centrarse en los méritos de las propuestas a la propia popularidad de Renzi.

El Presidente colombiano Juan Manuel Santos convocó un referéndum sobre el acuerdo de paz con el grupo rebelde de las FARC, esperando poner fin a una guerra civil de varias décadas de duración y superar la implacable oposición de los conservadores. Después del fracaso de la medida por un pequeño margen, sin embargo, introdujo una serie de revisiones para ampliar el consenso y luego aprobó el acuerdo a través de la asamblea legislativa, volviendo de manera eficaz a los métodos más adaptativos de concesiones mutuas de la democracia representativa.

Entre los otros referéndums del año encontramos ejemplos en países menos democráticos, que normalmente involucraban a un líder vigente que buscaba ampliar su propio poder más allá de los límites constitucionales. El gobernante de Azerbaiyán Ilham Aliyev fortaleció su control autoritario sobre la presidencia mediante 29 enmiendas constitucionales que obtuvieron más del 90% de aprobación en un plebiscito controlado férreamente.

En contraste, el popular Presidente boliviano Evo Morales perdió un referéndum que le habría permitido optar a un cuarto mandato presidencial, lo que subraya el hecho de que muchos votantes todavía valoran los controles y contrapesos de la democracia, aunque esto signifique limitar sus propias opciones.

Desglose de la corriente política principal

Una de las víctimas principales de la ola populista que asoló las democracias del mundo en 2016 fue el sistema bipartidista, una división tradicional del espectro político en dos partidos o coaliciones principales de centroderecha y centroizquierda, que lleva mucho tiempo asegurando un gobierno estable y una oposición fuerte en gran parte del mundo libre.

En lugar de eso, hubo partidos gobernantes dominantes con pocos controles sobre su poder, parlamentos fragmentados sin una mayoría de gobierno o una mezcla de facciones radicales cuyos

electores principales les daban pocos incentivos para moderarse o comprometerse pensando en el interés público.

España no tuvo un gobierno con plenas funciones durante gran parte del año porque los importantes avances de dos partidos nuevos —Podemos y Ciudadanos— impidieron lograr la mayoría a los dos partidos favorables al sistema establecido —el Partido Popular, de ideología conservadora, y el Partido Socialista, de centroizquierda— y ninguno de los cuatro fue capaz de formar una coalición.

En el Reino Unido, el Partido Conservador gobernante incorporó de forma eficaz las posiciones del advenedizo Partido de la Independencia del Reino Unido como resultado del referéndum del *brexit*, y adoptó una dirección más populista y nacionalista con la primera ministra Theresa May. Mientras tanto, el giro a la izquierda del grupo principal de la oposición, el Partido Laborista, con su líder Jeremy Corbyn, causó diferencias internas y pareció atenuar las expectativas en las elecciones nacionales de los laboristas, que ya habían sido dañadas gravemente por el ascenso del Partido Nacional Escocés, favorable a la independencia. Los cambios sirvieron para consolidar el dominio político de los conservadores por el momento.

Los cristianodemócratas, que gobiernan en Alemania, liderados por la canciller Angela Merkel, fueron desafiados desde la derecha por el partido populista Alternativa para Alemania, que ganó terreno en las elecciones regionales. Las facciones nacionalistas de derecha continuaron una marcha de varios años desde la radicalidad hasta el núcleo de coaliciones gobernantes en otras partes del norte de Europa.

El Partido Socialista de Francia se consideraba ampliamente una causa perdida mientras el país se preparaba para las elecciones presidenciales de 2017, y el profundamente impopular titular del cargo socialista, François Hollande, anunció que no se presentaría a un segundo mandato. Se esperaba que las elecciones fuesen una lucha entre el conservador de línea dura François Fillon y Marine Le Pen del Frente Nacional de extrema derecha.

Incluso en los Estados Unidos, donde se encuentra el sistema bipartidista más arraigado del mundo, aspirantes con una vinculación mínima con sus partidos respectivos —Bernard Sanders y Donald Trump— contribuyeron a divisiones intrapartido importantes durante la campaña primaria presidencial. La posterior victoria de Trump parecía probablemente transformar la ortodoxia de las políticas del Partido Republicano, aunque no quedó claro si esto al final debilitaría o fortalecería la permanencia en el poder de los republicanos.

La falsa promesa del gobierno autocrático [en un cuadro sombreado, preferiblemente no después del título “Medio Oriente y Norte de África: las heridas abiertas del conflicto civil”]

Por mucho que puedan apreciar los beneficios de sus propios sistemas, los observadores de las democracias en ocasiones contemplan con envidia o admiración cuando los autócratas extranjeros destrazan los obstáculos para poner en práctica sus políticas deseadas.

Pero los sucesos en tres países clave en 2016 ilustraron una vez más que estas iniciativas osadas fracasan a menudo, debido precisamente a la falta de controles y contrapesos que al principio parecía tan ventajosa.

Egipto

El Presidente egipcio Abdel Fattah al-Sisi, que tomó el poder por la fuerza en un golpe de estado en 2013, ha sido elogiado por algunos políticos democráticos —especialmente de la derecha— por derribar el gobierno impopular islamista en el cargo y tomar duras medidas despiadadamente sobre los partidarios pacíficos del exPresidente y una insurgencia armada liderada por la milicia del Estado Islámico. Sisi se presenta como un socio prometedor en la lucha contra el terrorismo islamista.

Un examen más minucioso de su desempeño revela no solo un equipo de seguridad inútil y desalmado que no ha sabido reprimir la insurgencia, sino también un patrón de corrupción y mala gestión económica que está doblegando a Egipto. La violencia continua y la represión política han dañado la vital industria turística. Miles de millones de dólares en ayudas de las monarquías del golfo Pérsico se han desperdiciado, en parte en proyectos de dudoso valor que enriquecen a los amigos del régimen. Además, en 2016 el gobierno comenzó a implementar medidas de austeridad a cambio de un rescate de emergencia del Fondo Monetario Internacional, lo que provocó una subida de los precios de los alimentos básicos y la indignación de una población ya desesperada.

Venezuela

El expresidente venezolano Hugo Chávez logró admiradores extranjeros —en su caso de la izquierda política— nacionalizando industrias privadas, enfrentándose a las clases adineradas que estaban detrás de la clase dirigente política conservadora del país y redistribuyendo la riqueza a los pobres a través de diversos programas sociales de vivienda, educación, etc. También denunció el “imperialismo” de los Estados Unidos y utilizó la riqueza del petróleo de su país para financiar a gobiernos afines de la región.

En 2016, el régimen construido por Chávez, ahora en manos de su sucesor elegido, Nicolás Maduro, se enfrentaba a un colapso económico y político. La empresa petrolera nacional había sido arruinada por la corrupción, los proyectos políticos y el abandono con Chávez, mucho tiempo antes del descenso de los precios del petróleo globales. La divisa, debilitada por las tasas de inflación más altas del mundo, dificultó la importación de productos básicos, incluyendo alimentos y suministros médicos, lo que llevó a la escasez crónica y revueltas repetidas a lo largo del año. Asimismo, Maduro, confiando en parte en el control del régimen de los tribunales, respondió a una victoria de la oposición en las recientes elecciones legislativas privando de competencias a la asamblea legislativa y bloqueando un referéndum presidencial revocatorio, lo que eliminó de forma eficaz la única vía para un cambio de liderazgo ordenado.

Etiopía

Etiopía, gobernada desde 1991 por el Frente Democrático Revolucionario de los Pueblos Etíopes (EPRDF), lleva mucho tiempo siendo la “niña bonita” de los contribuyentes a la democracia,

quienes consideran el país como un paraíso de progreso económico y estabilidad en una región poco segura. De hecho, afirman que la supresión enérgica por parte del régimen de la disidencia política y la libertad de los medios de comunicación es excusable dada su capacidad demostrada de llevar a cabo proyectos de desarrollo ambiciosos y ofrecer niveles impresionantes de crecimiento macroeconómico año tras año.

Sin embargo, las protestas que comenzaron a finales de 2015 —en respuesta a un polémico proyecto de urbanización que habría ampliado la capital hasta las regiones vecinas— crecieron a lo largo de 2016. Las fuerzas de seguridad emplearon una fuerza letal y los manifestantes expresaron los agravios acumulados, incluyendo la discriminación étnica y la exclusión a largo plazo del proceso político. Hasta 1000 personas podrían haber sido asesinadas y más de 11 000 fueron detenidas bajo un estado de emergencia declarado en octubre. Las protestas estaban apoyadas por muchos miembros de los dos grupos étnicos más grandes de Etiopía, y existe un riesgo considerable al final del año de que la agitación pueda comenzar a descomponer los logros del EPRDF en economía y seguridad.

TENDENCIAS REGIONALES

África subsahariana: autócratas arraigados, instituciones frágiles

Varios países principales del África subsahariana se enfrentaron a pruebas críticas en forma de elecciones, protestas populares o brotes de violencia política durante 2016.

Etiopía sufrió su peor agitación política en muchos años, cuando las protestas de los oromo acerca de derechos étnicos y territoriales creció hasta convertirse en un estallido por la insatisfacción popular tras décadas de marginación política basada en la etnia por parte del partido autoritario gobernante, el Frente Democrático Revolucionario de los Pueblos Etfiopes (EPRDF). Las fuerzas de seguridad emplearon una violencia desproporcionada y letal contra los manifestantes en las regiones de Oromía y Amhara, matando a cientos de personas a lo largo del año. Decenas de miles de individuos fueron detenidos, internet y los medios sociales se bloquearon periódicamente y un estado de emergencia impuesto en octubre extendió todavía más los ya amplios poderes para acabar con los derechos de expresión, reunión y tránsito.

En la República Democrática del Congo, el impopular Presidente Joseph Kabila empleó ciertas estrategias para retrasar las elecciones obligatorias constitucionalmente, llegando a un polémico acuerdo de “consenso” para ampliar su mandato más allá de su término programado para diciembre de 2016; muchos partidos opositores y grupos de la sociedad civil rechazaron el acuerdo. El régimen de Kabila reprimió violentamente las protestas contra el retraso de las elecciones y bloqueó los medios sociales con vistas a frustrar a los organizadores de protestas, imitando la estrategia del EPRDF y otros regímenes represivos a nivel mundial.

Algunas de las democracias más sólidas del Sur y el Este de África manifestaron señales preocupantes de disfunciones en el transcurso del año. En Sudáfrica, las revelaciones acerca de la amplia influencia política de la acaudalada familia Gupta aumentaron aún más la presión sobre el Presidente Jacob Zuma, que también lidiaba con las protestas relativas a la prestación de servicios y el gobierno de la Universidad, además de las derrotas sin precedentes del partido en el poder, el Congreso Nacional Africano, en las elecciones regionales. Mientras tanto, la administración de Zuma retiró a Sudáfrica de la Corte Penal Internacional, empañando el compromiso del país con el estado de derecho.

La violencia política en Mozambique alcanzó nuevos niveles de peligro, ya que los seguidores del partido de la oposición Resistencia Nacional Mozambiqueña (RENAMO) y el partido gobernante Frente de Liberación de Mozambique (FRELIMO) estuvieron involucrados en asesinatos. Se produjeron enfrentamientos entre el ejército y los combatientes del RENAMO, y el abuso por parte de las fuerzas de seguridad sobre la población civil en la región central del país forzó la huida de miles de personas a Malawi.

En Zimbabue, grupos de ciudadanos cada vez más frustrados con un gobierno inepto y corrupto dieron rienda suelta a su insatisfacción a través de movimientos de protesta social, incitación a la violencia, arrestos y prohibiciones de las manifestaciones. Las protestas, combinadas con rivalidades entre las distintas facciones en el partido gobernante Unión Nacional Africana-Frente Patriótico (ZANU-PF) y una crisis económica autoinfligida, han debilitado más el régimen del Presidente de 92 años de edad Robert Mugabe.

Como punto positivo al final del año, Ghana consolidó su posición como una de las democracias más estables del continente cuando el candidato de la oposición Nana Akufo-Addo derrotó al titular del cargo, John Mahama, en las elecciones presidenciales de diciembre.

Ese mismo mes, Gambia parecía estar a punto de realizar un avance democrático importante cuando el Presidente autoritario Yahya Jammeh admitió inicialmente la derrota ante el candidato de la oposición Adama Barrow en unos resultados electorales sorprendentes. Sin embargo, Jammeh faltó a su palabra posteriormente, y al final del año continuaba negando la victoria de Barrow, a pesar de las intensas presiones de funcionarios nacionales, regionales e internacionales para que se produzca el traspaso de poder en enero de 2017.

Asia-Pacífico: silenciando las críticas del gobierno arbitrario

Varios gobernantes represivos de Asia restringieron las libertades de expresión y reunión durante 2016 para sofocar las críticas públicas de sus propios delitos y abusos.

La junta militar de Tailandia, que se hizo del poder en el golpe de estado de 2014, aferró su control sancionando hasta el menor atisbo de crítica bajo una serie de leyes restrictivas. En esta atmósfera restringida, los votantes aprobaron un borrador constitucional que garantizaba la enorme influencia del ejército sobre la política civil incluso después de las elecciones generales programadas para 2017. En China, una nueva ley de ciberseguridad intrusiva facilitó a las autoridades supervisar y sancionar las críticas en línea acerca del régimen del Partido Comunista del Presidente Xi Jinping, mientras que las autoridades de Malasia y las Maldivas tomaron medidas contra los manifestantes

en respuesta a las alegaciones de que políticos destacados habían malversado grandes cantidades de dinero de las arcas estatales.

En Filipinas, el Presidente recién elegido Rodrigo Duterte obtuvo un amplio apoyo para su política de asesinatos extrajudiciales de presuntos traficantes de drogas y toxicómanos, que según algunos recuentos se ha llevado hasta 6000 vidas. Duterte admitió haber abatido él mismo a delincuentes cuando era alcalde de Dávao, y sus advertencias públicas agresivas contra sus críticos contribuyeron a un clima de terror entre los activistas del país.

Sin embargo, en una demostración de fuerza democrática, enormes protestas para solicitar la destitución de la presidenta Park Geun-hye, en respuesta a las alegaciones de corrupción, se desarrollaron pacíficamente en Corea del Sur. Los cientos de miles de ciudadanos que tomaron las calles exigieron el final del nepotismo y la opacidad entre las élites políticas y empresariales, y el movimiento de protesta llevó finalmente al proceso de destitución de Park.

Las Américas: agitación política y la promesa de la paz

En 2016, la combinación del Presidente venezolano Nicolás Maduro de un gobierno de mano dura y una pésima gestión económica condujo a su país al estatus “No libre” por primera vez. Venezuela había servido de modelo para los regímenes populistas de la región, pero hoy en día representa el sufrimiento que puede producirse cuando los ciudadanos no pueden rendir cuentas a sus líderes.

El régimen afín del Presidente Daniel Ortega llevó a Nicaragua a su nivel más bajo en más de 20 años. Después de poner el poder judicial a su favor y reducir los medios independientes, Ortega casi logró eliminar la oposición en las elecciones presidenciales y legislativas. Junto con Venezuela, Nicaragua es uno de los pocos países americanos con una amplia trayectoria descendente.

En Brasil, la destitución de la presidenta Dilma Rousseff dominó el panorama político en 2016. Sin embargo, la historia podría juzgar el proceso de destitución en sí mismo, el cual impidió funciones gubernamentales absorbiendo la atención ejecutiva y legislativa durante meses y contribuyó poco a resolver una crisis por corrupción más amplia en la que prácticamente toda la clase política se enfrentó a alegaciones de soborno, tráfico de influencias y malversación. Los acontecimientos del año no hicieron más que incrementar la frustración pública, ya que los funcionarios electos parecían más preocupados por sus propios destinos que por la grave recesión económica y la alza de desempleo en el país.

El acuerdo de paz en Colombia ofreció un contrapunto agradable a la descomposición económica y política en la vecina Venezuela. El acuerdo, que fue rechazado en un referéndum popular, pero luego se revisó y se aprobó, es una buena señal para una democracia que lleva mucho tiempo paralizada por la violencia. No obstante, la apertura política en Cuba, país que ayudó a negociar la paz, aún parecía lejana, a pesar de la muerte de Fidel Castro y dos años de relaciones más cercanas con los Estados Unidos.

Medio Oriente y Norte de África: las heridas abiertas del conflicto civil

El Medio Oriente y Norte de África (MENA) lleva mucho tiempo siendo una de las dos regiones del mundo con los peores resultados. En 2016, demostró el abismo al que puede caer la libertad humana tras décadas de mala gestión gubernamental autoritaria, corrupción e intervenciones extranjeras erráticas.

Libia sufrió una nueva plaga de crisis políticas y de seguridad a lo largo del año. A pesar de un acuerdo político negociado por la ONU y la formación de un consejo presidencial, el Gobierno del país mantuvo su parálisis por la existencia de varias autoridades estatales competidoras, milicias anónimas y la presencia de combatientes del EI contrarios a todas las partes implicadas. La situación humanitaria y las condiciones de los derechos humanos han empeorado como resultado de la inseguridad y la impunidad ampliamente extendida. Las perspectivas de mejora son tenues.

La guerra de Yemen siguió devastando el que ya era el país más pobre de la región. Los rebeldes hutíes que ocupan la capital y la mayor parte del norte buscaron formar su propio gobierno dado el fracaso de las conversaciones de paz con el gobierno reconocido, que controla el territorio del sur. En el proceso, no han garantizado que vayan a restablecer el pluralismo político que existía en el país en el pasado. La independencia de los medios se ha eliminado casi por completo como resultado del conflicto y las libertades civiles, en general, se han suspendido realmente.

Siria sigue siendo el país menos libre del mundo. La mayoría de los que viven tras las líneas del frente estaban gobernados por un dictador, extremistas del EI, milicianos kurdos y muchos otros están atrapados en medio de una violencia abominable. La crisis humanitaria llegó a su peor momento hacia el final del año 2016, cuando las fuerzas del régimen bombardearon y recuperaron finalmente la parte oriental de Alepo, que estaba en manos de las milicias rebeldes.

Eurasia: los gobernantes vigentes se arman contra el futuro

Eurasia se dividió entre un grupo marginal orientado hacia Europa y un grupo principal de autocracias rígidas en 2016. Mientras que Ucrania, Georgia y Moldavia luchaban por mejorar sus frágiles avances democráticos, varios líderes del este tomaron medidas para apuntalar su poder ante la incertidumbre económica y política.

En apariencia desconcertados por las repercusiones de un prolongado desplome de los precios del crudo, los gobernantes de Azerbaiyán y los estados de Asia Central emplearon referéndums constitucionales fuertemente controlados para ampliar su gobierno de cara al futuro. En Azerbaiyán, las autoridades declararon la aprobación de los votantes para un mandato presidencial más largo, entre varias docenas de cambios más. Como resultado, el Presidente Ilham Aliyev, que ya disfrutó de librarse de los límites del mandato, no tendrá que ser reelegido de nuevo hasta 2020.

En Tayikistán, un referéndum allanó el camino para que el Presidente Emomali Rahmon gobernase un número ilimitado de mandatos y rebajase la edad de elegibilidad para la presidencia, una acción ideada para permitir al hijo de Rahmon sucederle.

La élite política kirguisa recurrió a un plebiscito en beneficio de sus propios intereses, aprobando a toda prisa una reforma constitucional que trasladará el poder desde la presidencia hasta el primer ministro. Se alegró a las enmiendas que el Presidente Almazbek Atambayev, cuyo mandato único

terminará en 2017, tenía como objetivo retener el poder pasando a ocupar el cargo de primer ministro.

Europa: grietas en un pilar de la libertad global

Desde la votación del *brexit* hasta las reformas antidemocráticas del nuevo gobierno de Polonia, las numerosas tensiones en Europa pusieron de manifiesto vulnerabilidades que anteriormente estaban ocultas o se ignoraban. Junto con las presiones externas, como las interferencias rusas y la crisis migratoria, estos problemas dejaron claro que ya no puede darse por hecho que el continente sea un baluarte de la estabilidad democrática.

El ascenso de los partidos antisistema en Polonia, Francia, Alemania y otros lugares está cambiando el panorama político europeo. También está modificando el debate de tal modo que se han debilitado los valores fundamentales de la democracia. La xenofobia, la intolerancia religiosa y, en algunos casos, la neutralización de las instituciones democráticas por motivos partidistas están ganando aceptación entre los votantes y los funcionarios gubernamentales. Incluso la canciller alemana, Angela Merkel, pareció consentir un sentimiento antimusulmán pidiendo la prohibición del velo que cubre toda la cara hacia el final del año.

Las elecciones de la República Checa de octubre de 2017 podrían ser la siguiente ficha del dominó de la Europa Central en caer hacia un líder populista, y la próxima carrera presidencial de Francia ya se estaba vigilando estrechamente en 2016 como un momento clave potencial para Europa en su conjunto. Sin embargo, estas tendencias no son inexorables. Los votantes de Austria dejaron claro que un jefe de estado de extrema derecha era inaceptable para ellos, eligiendo al miembro del Partido Verde, Alexander van der Bellen, frente al candidato del Partido de la Libertad, Norbert Hofer, por un amplio margen.

En los Balcanes, mientras tanto, los procesos electorales justos y el estado de derecho se deterioraron más, ya que la UE ignoró su función de fomentar la democracia entre los aspirantes a estados miembros. Aunque en el pasado hubo deferencia ante las normas de la UE, los líderes de Bosnia y Herzegovina (BiH), Serbia, Montenegro y Macedonia hostigaron a los críticos de la sociedad civil, obstruyeron las investigaciones de los delitos gubernamentales e ignoraron los procedimientos constitucionales, incluso mientras se desarrollaban las conversaciones sobre la adhesión, prácticamente sin inmutarse. Los observadores expresaron sus preocupaciones en cuanto a que el progreso hacia los estándares democráticos se sustituya por una mezcla tóxica de nacionalismo, corrupción, disfunción gubernamental e interferencias rusas.

Las siguientes personas contribuyeron significativamente en el proceso de escritura de este ensayo: Elen Aghekyan, Jennifer Dunham, Shannon O'Toole, Sarah Repucci y Vanessa Tucker.

Flechas de tendencia de *Freedom in the World* 2017

El año 2016 se caracterizó por la erosión de las instituciones democráticas y dejó pocas tendencias positivas que resaltar. De los 11 países que recibieron flechas de tendencia que reclaman una atención especial a acontecimientos de importancia principal, solo uno indica mejoras.

↑ **Colombia** recibió una flecha de tendencia positiva debido a una reducción histórica de la violencia como resultado del proceso de paz entre el gobierno y las guerrillas de izquierda de las FARC.

↓ **China** recibió una flecha de tendencia negativa debido al efecto disuasorio sobre los debates privados y públicos, en particular en línea, generado por las leyes sobre ciberseguridad y ONGs extranjeras, el aumento de la vigilancia en internet y las duras sentencias impuestas a defensores de los derechos humanos, microblogueros, activistas de base y creyentes religiosos.

↓ **Etiopía** recibió una flecha de tendencia negativa debido a la respuesta desproporcionada y, a menudo, violenta de las fuerzas de seguridad ante las protestas masivas y mayoritariamente pacíficas contra el gobierno en las regiones de Oromía y Amhara, además de la declaración de un estado de emergencia en octubre, matando a cientos de personas a lo largo del año. Decenas de miles de individuos fueron detenidos, internet y los medios sociales se bloquearon periódicamente y un estado de emergencia impuesto en octubre dio al ejército amplios poderes para tomar medidas contra las libertades de expresión y asociación.

↓ **Hong Kong** recibió una flecha de tendencia negativa debido a la intrusión de Pekín en las libertades en el territorio, lo que se refleja en la detención por parte de las autoridades continentales de cinco librereros de Hong Kong, la disminución de la independencia periodística y académica y la reinterpretación unilateral del gobierno central de la Ley Básica en lo que parece ser un intento para excluir a los legisladores favorables a la independencia y la democracia del Consejo Legislativo.

↓ **Mozambique** recibió una flecha de tendencia negativa debido a un aumento de las tensiones políticas y la violencia, incluyendo los abusos contra la población civil cometidos por las fuerzas de seguridad, que provocaron la huida de miles de personas a Malawi.

↓ **Nicaragua** recibió una flecha de tendencia negativa debido a la destitución por parte de un tribunal del líder del principal partido de la oposición y la expulsión de la Asamblea de Nicaragua de 16 legisladores de la oposición en el período previo a las elecciones de noviembre, además de los esfuerzos del gobierno para silenciar a los periodistas y académicos con puntos de vista contrarios.

↓ **Filipinas** recibió una flecha de tendencia negativa debido a los miles de asesinatos extrajudiciales llevados a cabo como parte de la guerra contra las drogas del Presidente recién elegido Rodrigo Duterte, así como los crímenes y amenazas contra activistas de la sociedad civil.

↓ **Polonia** recibió una flecha de tendencia negativa debido a los intentos constantes del partido gobernante Ley y Justicia, mediante una legislación elaborada apresuradamente y otras medidas,

de aumentar la influencia gubernamental sobre los medios de comunicación, el poder judicial, el funcionariado y el sistema educativo.

↓ **Sudán del Sur** recibió una flecha de tendencia negativa debido al fracaso del acuerdo de paz, la reanudación de la guerra civil y los indignantes abusos llevados a cabo contra los civiles, en muchos casos por parte de las fuerzas gubernamentales.

↓ **Turquía** recibió una flecha de tendencia negativa debido a las repercusiones para la seguridad y la política de un intento de golpe de estado en julio, el cual llevó al gobierno a declarar un estado de emergencia y llevar a cabo arrestos y despidos en masa de funcionarios, académicos, periodistas, personalidades de la oposición y otros considerados enemigos.

↓ **Zambia** recibió una flecha de tendencia negativa debido al entorno restrictivo para la oposición en el período previo a las elecciones generales, incluyendo un acceso desigual a los medios de comunicación para los candidatos de la oposición y el uso de la Ley de Orden Público para prohibir los mítines de la oposición.

Países a vigilar en 2017

Los países siguientes están entre aquellos que podrían estar acercándose a puntos de inflexión importantes en su trayectoria democrática y que merecen un examen especial durante el próximo año.

República Checa: Las elecciones de octubre de 2017 determinarán el ascenso o caída del partido populista y nacionalista ANO, el cual ha sido comparado a los partidos en el poder en Hungría y Polonia.

Dinamarca: El parlamento está considerando una serie de proyectos de ley que, de adoptarse, restringirían más los derechos de los inmigrantes y los refugiados y dañarían la reputación de Dinamarca en cuanto a los valores liberales.

Ecuador: Los votantes elegirán a un sucesor para el Presidente Rafael Correa, cuyas medidas severas contra la oposición política, la prensa crítica, los manifestantes y las ONGs han conducido a una reducción constante de la libertad durante su ejercicio.

Irak: Mientras continúa la batalla para recuperar territorio ocupado por el Estado Islámico, el débil y fragmentado gobierno enfrentará el desafío de reintegrar a la minoría sunita al sistema nacional y contener el poder de las milicias chiítas.

Kirguistán: El periodo presidencial de Almazbek Atambayev acaba a fines de 2017 pero las reformas constitucionales aprobadas recientemente podrían hacer que el Presidente retenga el poder pasando a ocupar el puesto de primer ministro.

Filipinas: Aunque su guerra extrajudicial contra la droga ha costado miles de vidas en 2016, es probable que el Presidente Rodrigo Duterte continúe sus políticas extremas con un fuerte respaldo parlamentario.

Sudáfrica: Un Congreso Nacional Africano (ANC) debilitado elegirá un nuevo líder en 2017, y las instituciones estatales podrían involucrarse en rivalidades intrapartido antes de la conferencia del ANC, poniendo a prueba la fortaleza de la democracia del país.

Tanzania: El próximo año será una prueba de las tendencias autoritarias del Presidente John Magufuli, las cuales ya han surgido en el uso de la Ley de Delitos Informáticos contra los críticos y la aprobación de una nueva ley de medios de comunicación a finales de año.

Estados Unidos: La campaña presidencial poco ortodoxa de Donald Trump dejó muchas dudas sin resolver acerca del enfoque de la administración entrante en cuanto a las libertades civiles y la función de los Estados Unidos en el mundo.

Zimbabue: Los políticos y funcionarios del partido gobernante ZANU-PF continuarán compitiendo por el puesto para suceder al envejecido Presidente Robert Mugabe, con un telón de fondo de protestas populares y problemas económicos en aumento.